

Un cristiano ante esta economía

A José María de Llanos

JOSE LUIS RUBIO CORDON

Profesor emérito de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense

I.

El tema me produce escalofríos. Tal vez porque no puedo encararlo como un especialista —un economista, que ni de lejos soy—. Tal vez porque siento, como hombre de la calle, con preocupaciones más allá de las exclusivamente particulares, como hombre de la calle que quiere no dar del todo la espalda a mi hermano Jesús —a mi único verdadero «jefe»—, que estoy nadando en un mar de replanteamientos globales, de crisis, de perplejidades. Sinceramente: estoy desconcertado. Sería un ejercicio de hipocresía, de obstinación no confesarlo.

Hace sólo tres o cuatro años podría trazar planos completos de un proyecto económico atendido a la justicia. Podría hacerlo con puntos y comas, precisiones y detalles. Ahora esa armazón se estremece ante el huracán neoliberal. Mis fines, mis cimientos son tercos y resisten. Pero la realidad relativizó mis dogmas en cuanto a los medios. Tal vez sea esto lo mejor de la nueva realidad.

La economía sin más —el mundo de la producción y distribución de bienes— nos cerca sobre unos supuestos, ellos sí, cerradamente dogmáticos. O aceptamos lo que se nos da, y nos aprestamos a ordeñarlo en la forma que sea más provechosa para nosotros mismos —para mi yo individual o familiar—, o, persistentes en la continuidad de lo que hemos sido, mantenemos la idea de que tal vez la economía que se nos da: 1.º, puede no ser la mejor de las economías; 2.º, puede no ser la mejor de las posibles; y 3.º, por lo tanto, puede ser discutida y alterada.

En el punto histórico y geográfico en el que vivimos —y más desde nuestra incorporación al proyecto económico y político de Unión Europea— todo nos lleva, como un río desbordado, a la aceptación de «lo que es» y de «como es», a adaptarnos a lo existente, a perfeccionar todo lo más los matices de esa realidad, a cultivar en ella sólo nuestro huerto particular, de beneficio personal, a calibrarla como la definitiva, el punto felizmente culminante de largas tentativas humanas, en un fin de la historia venturoso —al menos para nosotros, ciudadanos del Norte, ciudadanos de Europa—. Hemos de rendir culto a los dioses del nuevo paganismo, paganismo sin belleza y con los dioses reducidos a la única divinidad de la riqueza.

Por las paredes de mi Facultad, a veces, como fácil denuesto contra breves y semi-mendicantes carteles anunciadores de reuniones de sentido religioso católico, alguien escribe habitualmente: «Los cristianos, a los leones». Y en mi conciencia me brota la sensación de que, efectivamente, nos ha llegado a los cristianos la hora de ser de nuevo echados a las fieras —los leones de la deformación, la ironía, el descrédito y los silencios marginadores—. Pero más aún —y necesariamente, y previamente— a los leones de nuestra conciencia avergonzada por nuestra asimiliación a lo que es, a la realidad, tan lejana de las exigencias del Hijo: por nuestro «ateísmo» práctico.

¿Rendimos culto a los dioses —al dios riqueza— del nuevo paganismo sin belleza? ¿Nosotros, los cristianos de España, de la Comunidad Europea, del Norte? Temo que sea demasiado evidente. Nuestra conciencia se ha deformado hasta el punto

de que lo moral, para nosotros, es lo que es legal, lo que es real, lo que se da comúnmente. Nos comportamos en el mundo de las relaciones económicas según razones estadísticas. No somos diferentes. Nos avergüenza ser diferentes. Toda la fuerza transformadora de la Buena Nueva la hemos reducido a ligeros retoques verbales de la realidad circundante.

Pero los cataclismos históricos —descomunales— de esta hora, las bofetadas en la cara que cada día se nos dan al abrirnos al balcón de las noticias ¿no deben ser un revulsivo, algo que nos despierte y nos retrotraiga a la nitidez de la Buena Nueva, para ser un núcleo de contestación en una sociedad y una economía, que necesariamente no deben gustarnos? ¿No ha de ser un espejo para nosotros mismos —cada uno de nosotros mismos— para ver nuestro rostro y tampoco gustarnos?

Hace años alguien, al contemplar el espectáculo de la creciente desigualdad en el mundo, que exigía cambios decisivos y urgentes, escribió: «Hemos llegado a un punto en el que sólo la utopía es realista». Ahora se dice: la realidad ha vencido a la utopía, la utopía ha muerto. Se nos hace ingerir realismo a dosis desmesuradas, como a patos enjaulados e inmovilizados, alimentados con embudo para hipertrofiarles el hígado.

Y, sin embargo, ¡qué nueva oportunidad histórica para la búsqueda de una nueva utopía, tras la que perdimos los cristianos con una modernización que no fue la nuestra, con una revolución por la justicia que no fue la nuestra y con la que se nos enfrentó!

Para los cristianos es la hora de recoger el estandarte de la utopía, no ciertamente como propietarios únicos, pero sí como milicia de primera fila.

Si ahora nuestra Iglesia —nosotros— no asume la utopía —el principio de la solidaridad humana frente al principio individualista del beneficio personal— tendríamos que hacer piras con los Evangelios. Y decirle a Jesús: Fuiste un bello sueño, pero equivocado. Y, probablemente, no eres el Hijo. Y el Padre co-

mún —razón de la «hermandad» de todos los hijos—, probablemente, ni siquiera exista. Y la «hermandad» no tenga sentido. Tendríamos que asumir la borrachera externa de la sociedad vigente —para unos opulenta—, teniendo en el interior del corazón la desolada tristeza.

II.

Sin apenas darnos tiempo de percibirlo —como ante un proyector cinematográfico que se hubiera vuelto loco y nos acelerara vertiginosamente las imágenes—, en unos meses, el mundo se ha trastocado. Han terminado de golpe, no uno, sino dos siglos. No sabemos si estamos soñando. Todos los augures y astrólogos del mundo han quedado en ridículo. Es demasiado irreal lo sucedido: «Solidaridad» polaca, «perestroika», caída del muro de Berlín, abolición del comunismo en Rusia, desaparición de la URSS, la bandera roja se arría en el Kremlin. Hundiéndose en el fracaso de un intento de humanidad nueva, de una nueva forma de organizar la economía. Las estatuas de Lenin son derribadas. Y, tras las de Lenin, las imágenes de Marx. La granítica solidez de una visión pretendidamente «científica» se quiebra como los más románticos sueños utópicos.

Soñábamos con que la fuerza de la libertad fuera abriendo el mundo soviético para alcanzar una síntesis con la fuerza de la solidaridad. Y nos ha estallado en la cara ese mundo, sin tiempo para ninguna síntesis, con una reivindicación masiva de la libertad extrema, hasta la de ser extremadamente insolidarios: la reivindicación del sistema liberal-capitalista en su extrema pureza. En el Este prácticamente nadie quiere oír hablar de síntesis: lo que se reclama es un vuelco simple de 180 grados: hacia la economía de mercado desbordada, hacia la «competencia perfecta».

Nadie quiere ver que, junto a los niveles de bienestar material alcanzados mayoritariamente por el Occidente capitalista, éste ha generado lacras de imposible perdón: sus propias «bolsas» de pobreza y marginación, su lanzamiento al paro permanente

de sectores crecientes de población, su generación de un Tercer y Cuarto Mundos cada vez más expoliados —y con la perspectiva futura de su prescindencia total—, su gobierno de las necesidades por la maquinaria productora de beneficios —frente a la natural dirección de la producción por las necesidades humanas reales—, su degradación creciente de la naturaleza y sus recursos —con desprecio de las generaciones futuras—...

El Este contempla la abundancia del Oeste frente a su escasez. Y muestra hacia la economía de mercado le fe del neófito. No ha habido «filme» más profético que «Ninosska».

Ciertamente, el sistema liberal-capitalista ha avanzado en la elevación —mayoritaria, no total, y en su interior, en su centro, no en el exterior, en la periferia— del nivel de vida. Pero se olvida que ello se ha debido, en su mayor parte, a las cesiones que a lo largo del tiempo se ha visto obligado a hacer a lo que en términos generales podemos llamar «socialismo»: es decir, a aquella presión que exige la intervención de elementos extraeconómicos en la economía en defensa de factores humanos de solidaridad. Es decir: en la medida en que se vio obligado —por presiones morales, políticas y asociativo-sindicales— a dejar de ser liberal-capitalismo puro, sistema de libre competencia perfecta en el que nada exterior a la economía misma debería inmiscuirse en la libertad del mercado.

Lo que se ha llamado malintencionadamente «socialismo real» —pero que ha sido sólo una forma concreta de socialismo, el «comunismo», no la única real ni menos la única posible— ha fracasado por su negativa a hacer concesiones progresivas a la libertad. Como hubiera fracasado estrepitosamente el capitalismo si no hubiera hecho concesiones a la solidaridad —al socialismo—, como fracasa hoy mismo allí donde se obstina en no hacerlas.

Mientras que el capitalismo —en extremo pragmático— se dejó, no sin resistencias, penetrar y rectificar por el socialismo, y así consiguió eficacias solidarias, el comunismo —en extremo dogmático— no se dejó penetrar por la libertad, y así generó ineficacias que le condujeron al desastre.

Frente a la imagen que se nos muestra, del triunfo total de un sistema —el liberal-capitalista— sobre otro —el comunista—, lo que ha triunfado es, por encima de todo, la capacidad de cesión y de marginación de todo cerrado dogmatismo. Detrás de la «imagen próspera» de los pueblos de Occidente que se presenta a los del Este para su deslumbramiento, hay dos siglos al menos de luchas obreras, de acción socialista.

III.

Está probado hasta la saciedad —aunque ahora parece no tenerse interés en recordarlo— que allí donde se dé una «competencia perfecta, una economía liberal pura, allí donde se dé una economía que «marche por sí misma», sin limitaciones ni condicionamientos, se cumplen las leyes que —descubiertas, redescubiertas, reelaboradas o lo que se estime por Marx— conducen a la concentración de riqueza en un lado y depauperación en el otro, a la polarización riqueza-pobreza. (Es conveniente decirlo ahora, más por una persona que no se ha considerado nunca marxista.)

Eso fue así. Rotundamente cierto. Pero, naturalmente, en cuanto se daban las condiciones inalteradas de libertad absoluta de mercado. Si esas condiciones varían, el resultado será distinto. Y esas condiciones cambiaron: desde la limitación del trabajo de los niños, el Estado, presionado por la conciencia moral de los más, inició un largo camino de intervenciones condicionantes. La «gente heroica» del movimiento obrero va limitando aún más el libre juego económico. Del salario de mera subsistencia —del «mínimo vital»— se va pasando al salario de participación en el crecimiento de los bienes. Se llega a las sociedades del consumo en masa. Se tiende a pautas de consumo más homogéneas —no, ciertamente, a poder político homogéneo, a pesar de la formalidad democrática—.

No es que las leyes que anuncian la polarización ya no se cumplan: es que no se dan las circunstancias para las que fueron

enunciadas. Y allí donde se siguen dando esas circunstancias, las leyes vuelven a cumplirse.

Por eso, en la misma medida en que avanzaba la homogeneización social en el mundo rico, la polarización riqueza-miseria se desplazaba principalmente a la esfera internacional (polarización incrementada aún más, curiosamente, por el proceso de descolonización legal siguiente a la segunda guerra mundial). Esfera internacional en donde rige a plenitud la competencia libre entre países.

Pero ¡cuidado!: en la misma medida en que retrocedamos a una economía liberal-capitalista pura, de divinización del mercado —escudados en los fracasos del «socialismo real»—, volveremos a la polarización. ¿Es que no se dan ya estos síntomas en el seno mismo de Occidente, del rico Occidente, y aun bajo gobiernos con nombre socialista pero rendidos de corazón a su oponente?

Si la catástrofe del «comunismo» se asume como catástrofe y fin de todo socialismo, y esto lleva a la triunfante economía de mercado a eliminar sus «virus infecciosos» socialistas, a pretender volver a su pureza original, a su «ortodoxia», a la retirada del poder a su papel de simple gendarme para el respeto de los contratos, las consecuencias para el equilibrio social serán más duras aún que las del comienzo del capitalismo, porque el avance tecnológico hace de las masas trabajadoras más prescindibles, menos necesarias para la obtención de plus-valías.

El capitalismo por sí, si los «virus» socialistas no lo impiden, es capaz de holocaustos y genocidios «blancos» —silenciados— para acabar con las poblaciones «sobrantes» en el mundo. Ya lo está haciendo —no es demagogia, son datos— en el Tercer y Cuarto Mundos.

IV.

¿No nos toca a los cristianos, y concretamente a los miembros de la Iglesia católica, ser los «aguafiestas» en el alborozo liberal-capitalista en esta hora?

Me lancé a enunciarlo así en un coloquio, hace dos años, tras una conferencia del cardenal Ratzinger en Madrid: «Ante la gran fiesta del capitalismo en esta hora de derrumbamiento del Este, los cristianos ¿no tendremos que ser los grandes «agua-fiestas», proclamando la superioridad de la idea de solidaridad sobre la idea de beneficio individual? ¿No tendremos que construir una síntesis entre Teología de la Liberación —económico-social— americana (despojada de soluciones marxista-leninistas) y de Teología de la Liberación —política— polaca?».

Confieso que me encuentro, como muchos, desconcertado y perplejo: ¿No se nos argumentaba para condenar al marxismo que éste no veía en el hombre, en la sociedad y en su historia más que factores económicos, lo que no podía ser aceptado por una conciencia religiosa? ¿Cómo es que el sistema montado sobre el pensamiento marxista intentaba contradictoriamente —al margen de su desacierto práctico— subordinar la economía a una idea del hombre liberado? ¿Cómo es que celebramos la caída de ese intento y el triunfo de la supremacía del factor económico sobre sus pretendidos domesticadores? ¿Cómo es que celebramos en el Occidente anti-marxista la restauración de una realidad más rabiosamente marxista —en el sentido de más ajustada a la descripción de Marx— que la precedente, en donde las leyes del marxismo se cumplirán más a rajatabla?

Se nos decía: para el marxismo la economía es el «determinante». Y corregíamos: no es así: es un «condicionante». Tanto más «condicionante» cuanto más liberal-capitalista sea el sistema económico. Tanto que si se reprodujera su pureza absoluta la economía volvería a ser casi —casi totalmente— el «determinante».

Los triunfadores del neo-liberalismo —que llegan a considerar la idea de la solidaridad humana como una reminiscencia de un pasado «salvaje», algo que debe dar paso al despliegue del progreso individual—, los anunciadores del fin de la historia, no en un sistema mixto, sino con el triunfo pleno, definitivo, de la Democracia Liberal-Capitalista occidental, nos anuncian

un reverdecer de la economía como prácticamente único «determinante».

¿Podemos congratularnos de que en el Este europeo, a cuenta de que Marx fracasase como estrategia del cambio hacia una sociedad humana, triunfe nuevamente como notario de una sociedad inhumana?

V.

Estamos —estoy— rodeados de desconcierto. En primer lugar, porque mis «dogmas» —mis planificaciones para el cambio, no mis finalidades— han aflorado sus engranajes.

(Ciertamente se mantiene en pie en mi conciencia, atada, teóricamente al menos, al Jesús del Evangelio —al Sermón de la Montaña, al «venid a Mí porque tuve hambre y me disteis de comer»...—, el motor de la fraternidad humana. Parece que nadie me va a convencer, a esta altura de la vida, de que es superior el motor del beneficio individual.)

Y también me desconcierta, en segundo lugar, algo que es más aconsejable y que me produce inquietudes más difíciles de resolver: la conciencia de responsabilidad, de culpabilidad, en el mantenimiento de la supremacía del motor individualista y el arrinconamiento del motor solidario. El no tener, personalmente, la conciencia limpia, a pesar de no ser un «adinerado», de ser un hombre medio. Y tal vez más por ello. Algo que no desaparece con la percepción de que en mi entorno, nuestro entorno de cristianos más o menos acomodados, en una sociedad mayoritariamente acomodada, todos son tan responsables como yo.

Hace ya bastante años —lo he relatado más de una vez— sentí una de las mayores conmociones de mi vida: En Chichicasteango contemplé, sentí, el dolor de la población indígena que oraba, encendiendo pequeñas velas y derramando pétalos de rosa, en grupos extensamente familiares, en la iglesia del pue-

blo guatemalteco. ¡Qué penetrante fuerza la de su sufrimiento presentado ante Dios, y contemplado por mí, con mi máquina de fotos, con mi pasaje para el avión en el bolsillo, con mi habitación reservada en el hotel...! Sentí que yo —defensor teórico de los desheredados, teórico preocupado por los problemas sociales— de hecho formaba parte del lado que tenía sumergido en la pobreza y el dolor a aquel pueblo que se quejaba sin estridencias, con suavidades más desgarradoras que llantos airados. Otra vez, como otro día más lejano en un tren de Andalucía, se me colocaba en un lado, que ciertamente no era el de la fraternidad práctica...

Estaba en el lado de los explotadores, del imperialismo, de la «United Fruit Company»..., de todo lo que, de palabra, insistía en condenar. De hecho, en ese lado estaba. Me conmovió hasta los huesos. Pero, realmente, esa conmoción ¿me convirtió? No me convirtió en la práctica. Seguimos cada cual en su lado. Aunque al menos, débil justificación, mi pensamiento trata de no confundirse, y mi conciencia tiene una herida de culpabilidad.

VI.

Desconcierto y conciencia de culpabilidad. No son los mejores basamentos para edificar una relación de respuestas coherentes, ordenadas y sistemáticas, como hace años era costumbre formular. ¿Cuáles son los deberes de un trabajador cristiano, de un empresario cristiano, de un político cristiano? Son A, B y C. Y A sub 1, A sub 2 y A sub 3, etc. Perfectos recetarios de los que existían amplias bibliotecas.

No los sabría repetir. Ni inventar. Y además siento que no nos iban a servir de mucho en esta hora.

No es tiempo de fórmulas magistrales. Es más tiempo de sembrar desasosiegos, de remover nuestros corazones para que fustiguen nuestras cabezas. Para que, al menos en una mínima parte, tratemos de establecer líneas de armonía entre la conducta y la conciencia.

No es tiempo tampoco —después de tantos años de lecciones, conferencias, comunicaciones, artículos y libros— de añadir un dato preciso más, una cifra última más, una estadística reciente más, como aquellas con las que he bombardeado a alumnos, auditorios y lectores jornada tras jornada. Evangélicamente: ahora sin estadísticas.

No soy capaz de asumir un papel de erudito, acumulando citas. Me quedo en la noticia de la Buena Nueva de los cuatro Evangelios. Me quedo con el hecho de que la producción y la distribución de bienes —de que la economía— son convertidos por la palabra de Jesús en instrumentos de nuestro juicio: satisfacer el hambre, saciar la sed, vestir al desnudo, curar al enfermo...

Tampoco soy capaz de encerrarme en un observatorio local (España). Pertenece al «club de los ricos» que enseorea la tierra. No somos los más ricos, pero somos medianos socios del club. ¿Cómo enfocar la cuestión, como cristiano, dejando fuera a la mayor parte de los humanos, «pasando de largo» ante el herido y robado al borde del camino?

VII.

Sabemos que no hay economías puramente locales. Todas las economías de los Estados-Naciones se mueven en la interdependencia. Al menos se han movido hasta el presente. (Aunque tal vez ahora estemos alejando definitivamente de nuestro club a los pueblos que no tienen derecho ni siquiera a que les expoliemos, que sólo tienen como futuro la expulsión del mercado mundial, pudrirse en la miseria que les proporcionamos, y desaparecer.)

Aquí, en el minuto presente, al finalizar el siglo XX, en España, estamos bien. Por más que tengamos conflictividades, quejas, problemas no resueltos, en conjunto, comparativamente con relación al mundo y a nosotros mismos hace cincuenta o setenta y cinco años, estamos bien. La mayoría, por supuesto. Estamos bien: alimentados, vestidos, atendidos sanitariamente —por más

defectos reales que se denuncien, pero con una vida media de cabeza en las estadísticas—, dotados de utensilios para la comodidad doméstica, para nuestro transporte... Viajamos, tenemos vacaciones, compramos, compramos, compramos...

Dimos el salto —naturalmente, con sacrificio, y naturalmente con más sacrificio de los más débiles—. Alcanzamos la línea del nivel de los pueblos desarrollados, del núcleo de los pueblos del centro. La desbordamos.

A la memoria me vienen, inevitablemente, años de atrás, de una infancia que conoció necesidades alimentarias —por no llamarla «hambre»—. Y especialmente me viene a la memoria el latigazo de un recuerdo que a mí, tan desmemoriado, se me presenta nítido, con la concreción de lo recién vivido (como aquel otro recuerdo, más reciente, de Chichicastenango, en Guatemala): Yo, un estudiante modesto, en un tren de tercera en Andalucía, contemplando el paso de los campos peinados de olivares desde un balconcillo trasero de un vagón casi prehistórico. Allí estaba también una mujer joven, estampa de la miseria. Y una niña pequeña, como de cuatro o cinco años, su hija, vestida con un trozo de saco con un agujero por donde asomaba la cabeza, ajustado a su cintura con una cuerda. Descalza. La niña se movía de un lado a otro de aquella plataforma escasa. La mujer joven reprendió cariñosamente a su hija: «Niña: ten cuidado, no vayas a manchar al señor».

De golpe, a mí, estudiante modesto, viajero de un tren destaralado de tercera, en Andalucía, en mitad de los años 40, aquella mujer me colocó en mi sitio: «Señor». Trazó, sin rencor de clase, con la simplicidad de quien asume lo que así ha sido siempre y así ha de ser siempre, mansamente, una línea tajante que me separaba del pueblo pobre, malvestido y malcomido. Yo estaba en el otro lado: en el país que comía y se vestía, aunque fuera con la parquedad de aquellos tiempos.

Ahora, hace unos meses, en un supermercado repleto, un joven —¿veinticinco años?—, vestido con una gabardina corriente, extiende su mano para pedir lo que no se puede llamar una

limosna: «¿Me pueden dar para un pollo asado?». Un rato más tarde, efectivamente, salía del supermercado con un pollo asado en su bolsa de plástico.

¡Qué salto en el país! ¡Qué salto en el nivel de vida de nuestros mendigos! ¿Cómo compararlos con los del Perú, de Centroáfrica, de la India?

Más recientemente, en un pueblo mínimo, de escasas viviendas, un niño campesino nos enseña una iglesia rupestre, curioso ejemplar distanciado unos cientos de metros de la localidad. Al regreso le invito a venir con nosotros en mi coche utilitario, hasta su casa. Abro una a una cuatro puertas del automóvil para que entren los viajeros. El muchacho campesino no puede contener un punto de vanidad de propietario y comenta: «El mío es automático».

¡Qué salto en el país! ¡Qué salto en el nivel de nuestros pueblos campesinos, en donde se rivaliza en griferías de lujo en los cuartos de baño, en multimuebles inmensos, en televisores grandes, en cantidad de langostinos en las bodas...!

Quien conoce lo que es la vivienda de los pobres del Tercer o Cuarto Mundo —o las viviendas pobres de esos mismos pueblos nuestros hace unas décadas— no tiene derecho a hablar de miseria general en nuestro Primer Mundo de hoy. Hierde oír decir, demagógicamente, a dirigentes sindicales: «Tenemos beneficios europeos y salarios tercermundistas». Un salario tercermundista es algo demasiado ofensivo para que su concepto se utilice como arma de lucha en los problemas de nuestras sociedades del Norte.

El salto ha sido inmenso. Y no podemos ignorar nuestra situación de privilegio en el mundo.

Aunque, precisamente esa situación de privilegio conduce, como una fatalidad, a la ignorancia de la penuria ajena. Como cristianos, al menos, sabemos que es connatural al rico su desentendimiento de la necesidad del pobre. Y deberíamos saber que cuando el pobre —el relativo pobre de nuestras sociedades—

empieza a ser insolidario con los aún más pobres, con los pobres absolutos —todos los marginados propios y todos los trabajadores y marginados de los países pobres— es que han empezado a contagiarse de la mentalidad del rico.

A comienzo de año, en un coloquio sobre las elecciones sindicales en nuestro país, presentado por un prestigioso y para mí muy respetado dirigente de una de las dos mayores centrales obreras españolas, apunté: «¿Qué pasaría si en unas elecciones sindicales una de las centrales incluyera en su programa la propuesta de que un punto de la subida salarial que se acordase en los convenios se destinara a ayudar a los trabajadores del Tercer Mundo?». La respuesta fue desoladora: «Eso no corresponde a los sindicatos: es cuestión del Estado». Una mínima concreción de la vieja base solidaria del movimiento obrero, la fraternidad mundial de los trabajadores, la idea fuerza del «internacionalismo obrero» ¿ya no es posible proclamarla?

No quiero creer que la mayoría obrera de nuestro país no tuviera una respuesta positiva ante una proposición como la planteada por mí. Pero me temo que los líderes sindicales no querían correr el riesgo de ponerla en práctica, por el temor a perder votos. Al menos, se puede constatar en un proyecto de las dos grandes centrales, como el de la «Propuesta Sindical Prioritaria», la defensa de la equiparación de nuestros niveles salariales con los medios del Mercado Común, pero nada se dice —ni una línea— de los salarios de los trabajadores del mundo que vienen detrás de nosotros, y muy lejos detrás de nosotros, cada día más lejos. No aparece el menor análisis de cómo, en la mecánica del comercio mundial, cada día, nosotros, trabajadores del Norte, participamos de hecho más en el expolio de los trabajadores y marginados del Sur.

VIII.

Estamos en el Norte rico. Y como tal Norte rico —como en todo el Norte rico— hemos generado: internamente, bolsas crecientes de paro y de marginación; exteriormente, zonas mayoritarias de la humanidad en creciente deterioro, pasando de ser

lo que se llamó «países en vías de desarrollo» a ser realmente «países en retroceso».

Un sector de españoles vive bajo la línea de pobreza. ¿Los millones que señala «Cáritas»? ¿Más o menos? Sin duda más, si se toma como medida la del norte del Norte. Sin duda muchísimos menos, si la medida es la del Sur.

Pero en cualquier forma, en la cantidad que sea, tenemos un sector perceptible bajo la línea de pobreza —no pueden satisfacer las necesidades que aquí consideramos básicas—. Y tenemos un enorme contingente de parados. No son, en verdad, como los pobres ni como los parados de América del Sur, de África o de Asia; pero son, ante nosotros, pobres y parados. No cambian nuestra faz de país rico, pero están ahí: tienen carencias. Mientras la mayoría tiene —tenemos— superfluidades.

Es ocioso recordar que, como cristianos, estamos obligados. Más ocioso es decir a qué. En cada una de las plataformas en donde nos movemos estamos obligados a denuncia y acción. ¿Será necesario concretar? No es necesario concretar. Pero no puede faltar la exigencia ante las Administraciones públicas de una jerarquización de gastos, de una atención preferente a nuestras dos mayores lacras públicas: la falta de trabajo y la falta de vivienda.

¿Será necesario recordar la obligada indignación cristiana ante la filosofía que nos ha llevado a la aceptación de algo que un empresario europeo definía no hace mucho con la frase: «Desengañémonos: ya nunca habrá trabajo para todos»? ¿Será necesario recordar que no es posible, desde el respeto cristiano a la dignidad de toda persona humana, asimilar como un hecho insuperable que una parte de la humanidad que llega a la juventud ha de asumir la comprensión de que nunca, de que jamás, va a participar en el esfuerzo social para mantener a todos, que siempre ha de ser un invitado, independientemente de que le garantice su subsistencia? ¿Es posible concebir —y en eso estamos— un proyecto de sociedad más corruptora, más humillante?

IX.

Pero hay más que nuestro mundo local. Más que nuestra economía de Estado-Nación. Más aún que nuestra inmediata economía de Unión Europea.

Como cristiano debo saber que la «Empresa» de la que soy «obrero» es la que abarca toda la humanidad. Ese es un principio. Pero, además, como cristiano, tengo sobre mi conciencia la certeza de que pertenezco al sector de esa «Empresa» que expolia a otro sector de la misma. Pertenezco al Norte que se beneficia del Sur. Tengo, pues, deber de restitución.

He pasado muchísimas horas explicando este expolio en todas las formas, acumulando evidencias en cifras, datos, estadísticas. No me voy a repetir. Pero el hecho es palpable: expoliamos, convertimos las relaciones de intercambio, las inversiones, sus fugas de capital, el servicio de la deuda externa, la evasión de sus profesionales, el pago de patentes, los fletes... en mecanismos eficientes para ir produciendo un flujo de ganancias en nuestro favor y su perjuicio. Su esfuerzo productivo no les sirve sino en parte para crecer, porque se lo hacemos emplear en el crecimiento nuestro. En las últimas décadas, ni siquiera logran crecer mínimamente: retrocede su renta por habitante. Les hemos colocado en una escalera mecánica que desciende. Tal vez hasta que, inútiles hasta para ser explotados, les marquemos con el sello de «pueblos sobrantes». (Parecen palabras de demagogia, pero detrás de ellas están las cifras de las instituciones más «respetables».)

Es cierto que el abismo que separa Norte y Sur, Centro y Periferia económicas del mundo, se ahonda. Pero es cierto también que ese ahondamiento se corresponde en el Sur, en la Periferia, con un ahondamiento de las distancias sociales internas. De tal manera, que la velocidad con que se produce el distanciamiento entre los niveles de vida de las poblaciones trabajadoras del Norte y del Sur es mayor que la velocidad con que se produce el distanciamiento de los niveles medios de Norte y Sur. Las poblaciones pobres del Sur asumen cada día

en mayor proporción el costo del hundimiento general de los países de ese Sur.

X.

Como cristiano no puedo dejar de sentir una creciente irritación ante el espectáculo de la euforia neoliberal del Norte, satisfecho de su bienestar, de su triunfo sobre el rival histórico, olvidando los dos tercios de la humanidad sumergida.

Pero, además, no puedo dejar de golpearme con otra evidencia elemental de la que, pese a todo, no solemos tener conciencia: No hay recursos en la tierra para dotar a todos los hombres de nuestro mismo nivel de vida. ¿Nos damos cuenta de que no es posible, ni con el más alto grado de fantasía igualitaria, extender a toda la población del planeta nuestros niveles de consumo, por la sencilla razón de que la naturaleza no tendría recursos para ello? Habría recursos para una ordenada atención a las necesidades básicas humanas, para que toda esa población se alimente, viste y aloje decorosamente. Pero no para una extensión universal de nuestros lujos. No hay recursos.

Pero, aunque los hubiera para el presente, no los habría para las generaciones que nos sigan. No los habrá aunque limitemos a un sector privilegiado de la humanidad —como el actual— la utilización de útiles, automóviles, gasolinas... en que nos recreamos.

Afortunadamente, en este punto, la conciencia crece: no sólo percibimos que estamos expoliando al Sur pobre: también percibimos que estamos expoliando al futuro esquilado. La tierra la devoramos unos pocos y en unas pocas generaciones.

Si no queremos volver a una concepción elitista —o racista— de un grupo humano destinado al poder y al bienestar, rodeado de otros sectores mayoritarios destinado a la obediencia y la penuria, si seguimos al Jesús de la igualdad esencial de todos los hombres, iguales hijos de Dios, tendremos que forzar

la opción de la necesidad humana verdadera dirigiendo a la producción, frente a la actual opción de la producción y sus beneficios conduciendo, organizando y creando la necesidad.

XI.

¿Y adónde llego? ¿Adónde puedo llegar si me asaltan, repentinamente, la conciencia de que no existen recursos para que todos alcancen nuestro nivel, y la conciencia de que menos recursos estamos dejando en herencia a nuestros seguidores en la posesión de la tierra?

Me alcanza una sensación de desasosiego, de choque con la vieja seguridad en un progreso material indefinido. Creíamos que la «tarta» podía hacerse cada día mayor, y añadíamos que debía cada día ser mejor repartida. La distribución solidaria era nuestra utopía. Pero no discutíamos que la riqueza a repartir seguiría un curso de crecimiento ilimitado.

Y ahora comprendemos que el supuesto era aventurado. No hay forma de hacer crecer la «tarta» de tal manera que todos tengan una porción como la nuestra si no reducimos la nuestra. No hay forma de que el Norte extienda su opulencia por toda la tierra. La única forma de su paso hacia adelante de los otros es un paso atrás de nosotros mismos.

Si hemos de defender una acción de solidaridad, de nivelación, de reparto equilibrado para todas las gentes —y más aún si tenemos que ser solidarios también con las generaciones futuras— no tenemos otra posibilidad distinta a la de la limitación.

Nuestra nueva utopía no es ya sólo el reparto solidario: es el reparto solidario en un mundo de recursos limitados. Añade a la idea de justicia la idea de austeridad. Algo en lo que la Iglesia primitiva y medieval cuenta con una preciosa tradición.

Es una tarea no agradable predicar —en una sociedad en donde se nos ametralla cada minuto con el «¡compre, compre, com-

pre...!» pedir la limitación, la «cartilla de racionamiento universal» —que, seguramente, nuestros nietos o biznietos se verán forzados a establecer sobre el planeta—. Y más ingrato ante mí mismo, tan poco decidido a renunciar.

XII.

De las ruinas de una desviada y con frecuencia aberrante experiencia socialista sin libertad, se ha deducido la sacralización de lo que una visión calvinista llevaría a definir como «estructuras virtuosas» de la economía, pero que desde una visión cristiano-católica no puede definirse más que como «estructuras de pecado», como reiteradamente lo ha expresado Juan Pablo II.

No puede haber, como cristianos, una actitud de equilibrio, medida y moderación ante este «fin de la historia» en que las «estructuras virtuosas» se consagran como la meta afortunada de la sociedad de los hombres sobre este planeta. No puede haber más que una respuesta de indignación, de rebelde militancia. Y, lo más difícil, de ejemplo personal ante las imperantes «estructuras de pecado».

Tal vez seamos afortunados: nos toca, como cristianos de hoy, participar decisivamente en la segunda oportunidad de edificación de la utopía de la solidaridad.